



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

**Agora**  
DE PAPEL**El Porvenir**  
**Cultural**

MONTERREY, N.L. DOMINGO 19 DE JUNIO DE 2016

Carlos Alejandro / Olga de León

# Cempasúchil, rosas y girasoles

MI MARÍA ELENA  
/ CARLOS ALEJANDRO

Al joven, el aroma de las flores le desagradaba: claveles, lirios, gladiolas y cempasúchil. Nunca le habían gustado las flores blancas para muertos. En la sala se escuchaba el cuchicheo de los visitantes. Era un cuarto de paredes pintadas en un azul oscuro, apagado; y junto al ataúd, los tres hijos lloraban mientras un mariachi interpretaba canciones propias más para borrachos que para la difunta. “Ahora una bonita”, les pidió uno de ellos. “Señora, señora”, fue lo que interpretó el conjunto.

Las puertas de la capilla habían sido cerradas para que la música permaneciera adentro. La loseta del piso estaba fría a pesar de los pequeños pero frecuentes pasos que se daban en el lugar abarrotado de familia y amigos. El sabor a café negro y sin azúcar permanecía en los labios de quienes se encontraban ahí a esas horas de la madrugada. El metal de las agarraderas del féretro no se calentaba a pesar de los apretones calientes de quienes lo rodeaban.

El joven no podía permanecer adentro de la capilla por mucho tiempo. El aroma lo expulsaba a los pocos minutos. “Supongo que yo no querré flores el día de mi sepelio, pensó, y caminó hasta el balcón que daba a la calle, en donde el ruido de los autos en marcha podía escucharse. Sacó -de una bolsa delantera de su pantalón- su celular, y marcó el número: ¿el anciano asistiría, o no?

Doña Elena había tenido su primer novio a los diecisiete años en la Ciudad de México, mientras vivía con sus padres en lo que ahora es la colonia Roma; un joven apellidado White. Una tarde, ella escuchó entrar por su ventana la música de un trío y el canto de unas voces que creyó reconocer, las había escuchado en la radio. Eran los inicios de la década de los años cincuenta del siglo XX y el grupo ya era internacionalmente famoso. ¡Los Panchos estaban cantando bajo su balcón!

El joven White escribía canciones y conocía al productor del grupo. Le regaló una canción titulada “Mi María Elena” a cambio de que el grupo le llevase serenata a su novia. La canción quedaría registrada para la historia como “Mi Magdalena”.

Poco tiempo después, la joven pareja se separaría y doña Elena jamás llegaría a ser la Señora de White. Se casaría con otro hombre, que nada tendría que ver con la música, y tendrían tres hijos.

Un día, sentada en la primera fila de un microbús, vio subir a un viejo con sombrero, quien le preguntó al chofer: “¿Pasa usted por el edificio de la Sociedad de Compositores?”. Desde su asiento, doña Elena le respondió: “Yo voy para allá, señor, yo le digo dónde bajarse”. El viejo tomó asiento junto a ella y le preguntó: “¿Es usted viuda, señora, verdad?”. Así fue como doña Elena conoció a don Agapito, fundador de un trío oaxaqueño, quien ahora vivía

en la colonia Condesa en la Ciudad de México.

A los casi ochenta años, ella volvió a tener un novio que era músico, que interpretaba boleros y canciones como La Zandunga, Montealbán Querido y El Feo. El conjunto de don Agapito nunca habría de alcanzar la misma fama que Los Panchos, y de joven llegó a sentir tremenda admiración hacia ellos. El trío del Istmo de cualquier manera había logrado ser el más conocido en Oaxaca, y lo suficientemente bueno como para que las actrices más bellas de México,



aquellas con aspiraciones y hobbies por el canto, lo buscaran para sus grabaciones con requinto.

En la funeraria, un poco de lluvia comenzó a caer. El mariachi concluyó sus canciones y dejó el lugar. “Es cerca del Eje Siete”, pronunció el joven por el celular. Media hora más tarde, llegaron don Agapito y su trío, en vestido de gala: requinto, guitarra de acompañamiento y voz principal. Cantaron junto al ataúd una canción que tiempo atrás habían admirado, una canción que bien podía ser tan suya como de Los Panchos.

“EL RAMILLETE” / OLGA DE LEÓN

« En vida hermano, en vida », reza entre sus versos un famoso poema, y es frase vigente y repetida que nos recuerda ofrecer momentos gratos en vida, a nuestros seres queridos y no lamentarnos, después de que hayan muerto, de lo que no hicimos.

Las flores llegaron esa mañana hasta la puerta de la casa con un mensajero, estaban atadas en ramillete multicolor dentro de una caja que lucía por fuera hermoso moño en color rosa mexicano. Dentro pude contar al abrir el estuche dieciséis rosas de diversos colores. En otra cajita, que venía junto con la entrega de las rosas, había un aromático bouquet de gardenias cuyo aroma perfumó la estancia.

Ese día, aquella joven cumplía

justo dieciséis años. En cuanto abrió la caja más grande, acercó su rostro a las flores y llenó pulmones y espíritu con el aroma de las flores; luego, tocó sus pétalos y enseguida levantó el rostro para mirar al mensajero y preguntarle: ¿sabe usted si hay una tarjeta además de esta entrega? Sí señorita, está bajo el estuche pequeño. Levantó la cajita y leyó el contenido de la tarjeta, no sin antes percatarse de que dentro del estuche estaba el ramillete de gardenias. Agradeció al portador, dio media vuelta y llevó ambos presentes hasta el centro del Lobby; puso

sobre la mesa de cristal el estuche de las rosas, luego desprendió el sobre con la tarjeta que venía bajo el de las gardenias. Por fuera, solo decía: “para mi hija”.

Sacó la tarjeta y leyó: Confío en que estas serán las primeras flores que recibirás en tu vida; pues el hombre que un día te dirá cuánto te ama, seguro te colmará de ellas. Pero, por si acaso, recuérdale suavemente que nada es mejor que una flor para decir: te amo y agradezco tu presencia en mi vida.

A partir de aquel detalle de mi padre, supe que las flores son verdaderamente valiosas y se agradecen solo cuando sus aromas y sus hermosos colores pueden deleitar la vista y llenar el corazón de ilusiones de quien las recibe. No cuando estamos dentro de un féretro o transformados en cenizas.

Cada vez que levanto el rostro y miro al cielo, recuerdo quién me regaló mi primer ramo de rosas y con la mirada le mando mi gratitud por sus enseñanzas.

UN VESTIDO ARROBADOR  
/ OLGA DE LEÓN

Viajábamos por simple gusto y placer de hacerlo, salir del entorno donde la semana mantiene cautivos a las víctimas de la rutina, entre ellos: nuestros padres, primero; luego nosotros, los hijos y así hasta donde la cadena de descendientes alcance.

Me gustaba viajar en tren, siempre en el asiento junto a la ventana. Gocé viendo el movimiento relativo y ficticio del paisaje afuera, al correr el tren sobre las vías. Me divertía ver cómo los cerros, pastizales, campos cubiertos de girasoles, árboles y animales diversos, planicies o montañas, parecía que nos fueran abandonando, según corría el tren en su trayecto. A veces, sentía que poniendo la palma de mi mano en el cristal de la ventanilla, podía tocar las montañas, o sentir la tersura de las florecillas que cubrían por tramos el pequeño horizonte que

lograba vislumbrar a lo lejos.

Sin embargo, cuando el tren paraba en alguna estación, el rechinido de los fierros sobre los rieles aún lastiman en el recuerdo mis oídos. Educados para escuchar cantos gregorianos, música romántica, clásica o de tradiciones populares, no los sonidos desagradables (los que seguramente ningún humano estará agradecido de oír). En ese instante llevaba ambas manos a cubrir mis orejas y me distraía volviendo los ojos hacia el cielo, las nubes y el paisaje a la altura de mis ojos.

El recuerdo que guardo de la infancia y adolescencia, sobre el vestido arrobador que portan los campos casi de cualquier región o país en el mundo, a lo largo del trayecto elegido para recorrer viajando en tren, hacen que mi corazón palpite y la contenida inspiración de músico o poeta, intente como final de esta entrega, al menos una estrofa para futuro Poemario, bucólico o no:

*Nada supera la belleza del campo cuando los ojos que la miran están dispuestos a renunciar a ella a cambio de que la contemplación se quede por siempre impresa en el espíritu de su dueño. Como en el papel que ha dejado de ser blanco, para volverse arrobador e imperfecto.*



James Salter

A un año de su muerte, ocurrida 19 de junio de 2015, el escritor estadounidense James Salter es recordado por su sutil prosa plasmada en obras como “Todo lo que hay”, la cual se publicó cuando el autor tenía 87 años de edad.

James Horowitz, su nombre de pila, nació el 10 de junio de 1925, en Nueva York, y aunque en su juventud no sabía a qué se quería dedicar, fue un estudiante regular con gusto por la lectura.

Lo que tenía claro el escritor era su deseo por participar en hechos históricos para no ser olvidado, y alentado por su padre el coronel Luis G. Horowitz, a los 17 años ingresó a la Escuela Militar de Estados Unidos conocida como West Point.

En el transcurso de la travesía bélica, Salter escribió sus dos primeras novelas entre descansos y horas libres, la primera fue “The Hunters” publicada en 1956 bajo el seudónimo “James Salter”.

Esta novela de guerra está impregnada de descripciones, paisajes y sentimientos complejos. Slater fue criticado porque nadie creía que un aviador tuviera la sensibilidad para escribir de manera tan detallada.

Su segunda novela “The Arm of The Flesh” (1961), fue reescrita en el año 2000 con el nombre “Cascada”, fue la última vez que publicó un libro inspirado en sus experiencias de guerra.

La literatura de James Salter se caracterizó por redactar en prosa luminosa, así como sensualidad al abordar diferentes experiencias humanas.

A la edad de 32 años, Salter decidió dejar la fuerza aérea, para enfocarse en la escritura, la decisión fue difícil ya que él amaba volar.

El legado literario de James Slater incluye “A Sport and a Pastime” (1967), “Downhill Racer” (1969), “The Appointment” (1969), “Three” (1969), “Light Years” (1975) y “Solo Faces” (1979).

También escribió guiones para películas como “Al filo de la muerte” “Entre dos pasiones” y “Una cita”.

Después de casi 35 años de silencio novelístico, a la edad de 87 años, en 2013 el autor publicó su última novela “All That Is” considerada por la crítica como su mejor obra. Ese mismo año recibió el Premio Windham Campbell otorgado por la Universidad de Yale.

ađ pēdem literae

*Vota a aquel que prometa menos. Será el que menos te decepcione.*

Bernard M. Baruch

letras de  
buen humor

*Las naciones son como ciertas familias; sólo a pesar suyo tienen grandes hombres.*

Charles Baudelaire

Oscar G. Baqueiro

## Waterloo

galos esperaban al marqués Manuel de Grouchy, quien por lo empantanado del terreno demoró su arribo, en tanto los prusianos de Blucher alcanzaron a llegar antes que Grouchy y eso cambió el curso de la batalla y de la historia contemporánea, pues estos últimos ganaron.

La derrota de las huestes del Gran Corso significó el fin del imperio francés. Napoleón tuvo que abdicar a favor de su único hijo apodado “el aguilucho”, quien sólo vivió 22 años y nunca reinó; fue desterrado a la isla de Sta. Elena donde murió casi 6 años después (1821) a la edad de 52 años, se especula que por envenenamiento.

En cambio Wellington, nacido el

mismo año que Napoleón lo sobrevivió hasta 1852, aclamado como el vencedor en Waterloo. El príncipe Guillermo, nacido en 1792, murió ya como rey holandés en 1849. Por su parte el prusiano Blucher muere pronto, en 1819, a los 77 años de edad. El mariscal Ney fue fusilado el mismo 1815 por los Borbón en París; Grouchy vivió hasta 1847.

Los primeros años del siglo XIX fueron para Napoleón Bonaparte escenario de grandes triunfos militares y políticos, lo que incluye su viaje a Egipto y la invasión a España en 1806, en donde se conecta con los movimientos de independencia en el continente americano, a través de los postulados de

la revolución francesa de 1789 que Bonaparte pretendía extender a todas partes.

El declive napoleónico empezó con su deplorable invasión a Rusia en el otoño del año de 1812, que tenía antecedente igual cuando Carlos XII, rey sueco tuvo experiencia semejante en 1708 y que se repitió con la Operación Barbarroja de Hitler en junio de 1941, ya que el “general invierno” derrotó el genio militar de esos tres osados gobernantes.

Como hecho curioso es que en junio, pero de 1940, tiene lugar la lucha en Dunkerque, Francia, en que los ingleses, derrotados por Alemania, logran el rescate de muchos miles de sus connacionales. También en junio en 1944, el día D, los aliados inician el rescate de Europa del nazismo en la costa francesa de Cherburgo comandados por el estadounidense Dwight D. Eisenhower.

Esta palabra es el nombre de una localidad pequeña del país europeo de Bélgica. Hace 201 años entró a la historia cuando los ejércitos francés y aliado de ingleses, alemanes y belgas se enfrentaron en ese lugar el 18 de junio de 1815 entre las 11:30 y 21:30 de dicha fecha. Los franceses eran comandados por el emperador Napoleón I el mariscal Miguel Ney.

Por parte de los aliados los ingleses tenían por jefe al Duque de Wellington, los alemanes tenían al prusiano Blucher y los belgas al príncipe Guillermo de Orange. El ejército galo sumaba 74000 varones y los aliados tenían 67000 soldados con 184 cañones. Las lluvias previas habían enfangado el terreno del encuentro, pequeño para fuerzas tan numerosas.

A las 13.30 toda indicaba el triunfo francés, sin embargo, ambos bandos estaban en espera de refuerzos. Los